

N. 69. *Es cosa muy difícil, dice Celso, mudar enteramente la naturaleza.*

Nosotros que sabemos que la naturaleza de todas las almas es una misma, y que nada malo ha salido de las manos del Criador; sino que la educacion, el exemplo, los malos consejos pervertien de tal forma, que el mal en ciertas personas llega á hacerse segunda naturaleza (a); nosotros, digo, estamos persuadidos, no solamente de que la divina palabra puede triunfar de esta corrupcion, sino que puede hacerlo con la mayor facilidad; con tal que se crea en aquel Dios supremo, que ha de juzgar á todos los hombres, pedirles cuenta de todo lo que han hecho en esta vida, y dar al justo y al injusto la recompensa de sus obras.

La voluntad, ayudada del estudio y del trabajo, es tan poderosa, que executa las cosas mas difíciles, y aun las que parecen imposibles. El hombre, no obstante su pesadez natural, y aun cargado de muchos pesos extraños, logra quando quiere la facilidad de voltear sobre una cuerda: ¿y no podrá vencer el peso de su corrupcion, y practicar la virtud, quando lo quiera con sinceridad? ¿No habria motivo para recon-

(a) Es cierto que Origenes y aun en esta misma, lo nes no habla aquí del pecado reconoce formalmente. *Veate el original, pero tampoco el n.º 40. del lib. 4.º y el n.º lo niega; y en muchas obras, 28. del lib. 7.*

venir al Autor del hombre, y no á su obra, si este tuviera facultades para las cosas mas difíciles y mas inútiles, y nada pudiera hacer de lo que es esencial á su felicidad? (a)

N. 70. Celso nos hace decir despues, acerca del mismo asunto, que *Dios todo lo puede*, á lo que responde él, que *Dios no querrá lo que es injusto*; como si Dios pudiera lo que es injusto. Habrémos, pues, de explicarle el sentido en que decimos que Dios lo puede todo. Es innegable que nosotros creemos que Dios lo puede todo; pero entendamonos, todo lo que no es contrario á su naturaleza divina, á su sabiduría, ni á su bondad; y por eso no tiene poder para lo que es injusto. Una cosa dulce por su naturaleza no puede causar amargura; una cosa luminosa por su naturaleza no puede sembrar tinieblas: con que tampoco Dios, que es esencialmente justo, podrá hacer nada que sea injusto. Si hay seres criados que pueden naturalmente hacer lo que es injusto, esto dimana de que en su naturaleza no hay, como en la naturaleza divina, cosa alguna que sea opuesta á la injusticia.

N. 71. Si hemos de dar crédito á Celso, «nuestro Dios, semejante á los hombres que se dexan llevar de la compasion, socorre á los malos que tienen maña para enternecerlo; y arroja de sí

(a) Lo que sigue en esta otra parte, y se repetirá de número, se ha dicho ya en nuevo.

»á los buenos, que se avergüenzan de usar de  
»la baxeza de semejantes medios.“ Es de saber  
que Dios jamás favorece al malo, sino es que  
haya vuelto á tomar el camino de la virtud; ja-  
más arroja de sí á un hombre de bien, ni me-  
nos se dexa vencer de la compasion; sino que  
recibe con bondad á aquellos que condenan sus  
propios desórdenes, los lloran amargamente, y  
han reformado de todo punto su conducta. La  
virtud, que empieza á reynar en sus almas, ar-  
ranca de ellas el vicio, y obtiene el perdon de  
todo lo que ha pasado....

N. 72. Celso hace hablar de esta manera á uno  
de nuestros Doctores: *Los Sábios se oponen á nues-  
tra doctrina; su sabiduría los ciega y los engaña.* Se  
le debe responder, que si la sabiduría es la cien-  
cia de las cosas divinas y humanas, y de sus  
causas; si es, como afirman nuestras Escrituras,  
una emanacion de la misma Divinidad, no ha-  
brá sábio que se oponga á nuestra doctrina, ni  
su sabiduría será capaz de cegarle ó engañarle,  
porque solamente la ignorancia induce al error.  
Nada hay sólido en la tierra sino la ciencia y  
la verdad, que son hijas de la sabiduría. Pero si  
en desprecio de la verdadera definicion de la sa-  
biduría, se da el renombre de sábio á qualquier  
sofista, que se pone á dogmatizar; es indubita-  
ble que un sábio de esta laya impugnará nuestra  
doctrina, y engañado de sus sutilezas y conje-  
turas, incurrirá en toda especie de errores. Mas

una sabiduría semejante, que solamente abraza lo  
malo y lo falso, ¿merece el nombre de sabidu-  
ría? Llamemosla ignorancia, que es como debe  
llamarse.

N. 73. Celso, siempre encarnizado contra los  
Christianos, los acusa de que enseñan cosas ri-  
dículas; pero no trata de probarlo, sino que con-  
tinúa luego sus invectivas. *Ningun hombre sensa-  
to, dice, es capaz que abraze el Christianismo; bas-  
ta la muchedumbre que lo profesa, para retraerlo.*

Esto es como si dixera, que ningun hombre  
sensato seguirá las Leyes de Solón, Licurgo, Sa-  
leuco y otros Legisladores, porque hay pueblos  
enteros que están sometidos á ellas. Pero sepa nues-  
tro contrario, que así como esos Legisladores han  
establecido sus Leyes para dirigir y gobernar á  
la muchedumbre; del mismo modo Dios ha dado  
su Ley por el ministerio de Jesus, para todos  
los hombres, aun para los simples, á quienes ha  
querido encaminar al bien, en quanto su capaci-  
dad permita....

Por eso dixo Pablo (*I. Cor. 1.*): *Dios escogió  
á los necios segun el mundo, para que confundieran  
á los sábios.* Entiende por sábios, con el vulgo, á  
los que han hecho, al parecer, algunos progres-  
os en las ciencias, pero que han incurrido en  
el politeismo, que es un verdadero ateismo: »por-  
»que diciendo que eran sábios se han hecho in-  
»sensatos, y han convertido la gloria del Dios  
»incorruptible, en la imagen corruptible del hom-

»bre, de las aves, de los cuadrúpedos y de las  
»serpientes.“ (Rom. I.)

N. 74. Celso pretende, que nuestros Doctores se dirigen siempre á los insensatos: pero díganos ¿á quiénes llama insensatos? Hablando con exactitud, los insensatos son los viciosos. Siendo esto así, pregunto: ¿á quiénes llamais vosotros al estudio de la Filosofía? ¿A los virtuosos ó á los viciosos? ¿A los primeros? No puede ser, porque ya son Filósofos. ¿A los últimos? Luego tambien vosotros llamais á los insensatos; y por consiguiente no hay porque acusarnos á nosotros. Además de que nosotros buscamos á los insensatos, á la manera que un Médico, amante de la humanidad, busca los enfermos para curarlos.

Aunque entiendas por insensatos á unos ingenios rudos y groseros, sabe que nosotros no despreciamos á esta especie de gentes; si bien es cierto que no quisiéramos que la sociedad de los Christianos se compusiera de solos ellos. A este fin buscamos tambien ingenios profundos y perspicaces, que puedan levantar la corteza de las parábolas, y penetrar aquello mas misterioso que hay en la Ley, en los Profetas y en los Evangelios. Pero ¡ah! vosotros despreciais todas estas Escrituras, porque no las comprehendeis, ni jamás las habeis estudiado.

N. 75. »Los Doctores del Christianismo, continúa Celso, se parecen á aquellos charlatanes, que dan mil seguridades de las curaciones, y

»echan fuera á los Médicos mas sábios, porque  
»no se vea su ignorancia al descubierto.“

Díganos Celso: ¿quiénes son esos sábios Médicos? Dirá sin duda que son los Filósofos, puesto que pretende que nosotros jamás nos dirigimos á los que estudian la Filosofía. Pero sepa que esos tales no son sábios Médicos, sino ignorantes de las heces del pueblo, que enseñan el mas grosero y extravagante politeísmo. Y aun quando nosotros retrajésemos á las gentes de la Filosofía de Epicuro, y echásemos fuera á los Médicos Epicuréos, ¿debiamos ser acusados? ¿No son esos pretendidos Médicos los que han infectado las almas, seduciendolas, negando la Providencia, y fixando el sumo bien en el deleyte? ¿Haríamos mal en desviar tambien á nuestros prosélitos de esos otros Médicos, conocidos baxo el nombre de *Peripatéticos*, que destruyen igualmente la Providencia, y rompen todos los vínculos entre el Criador y las criaturas? Quando nosotros desengañamos á los hombres, quando les persuadimos que se consagren únicamente al Dios del universo, entonces cumplimos con las obligaciones de la piedad, y cerramos las profundas llagas, que esos Doctores de la mentira habian abierto.

Y aun quando nosotros estorbásemos que se consultára á los Médicos de la secta de Zenón, que enseñan que todo debe perecer excepto Dios únicamente, y han imaginado un Dios material,

sujeto á corrupcion, variable y susceptible de toda especie de formas; ¿no era digno de alabanza, que precaviesemos por este medio el peligro de todos esos dogmas abominables, é hiciésemos amar y adorar al Criador, al Dios de los Christianos, que para iluminar y convertir á todos los hombres, envió á sus Discípulos á que esparcieran por todas las Naciones la saludable semilla de su doctrina? Tambien nosotros curamos á los que se han dexado infatuar de los delirios de la metempsicosis. Y pregunto: ¿no es una cosa de la mayor importancia para la perfeccion de las almas, que sepan que no transmigrarán á los cuerpos de las bestias, y que los malos no son castigados con la privacion de la razon y del sentimiento, sino que Dios los castiga con penas y trabajos que los purifican, y los obligan á volver á él? Estas, estas son las instrucciones que nuestros Sábios dan á los simples, á quienes miran como á sus propios hijos. Nosotros, pues, no limitamos nuestro zelo á los niños, á los simples, ó á los inensatos: no les decimos tampoco, *buid de los Médicos, guardaos de la ciencia*, ni nos ocurre que la ciencia pueda ser un mal; porque no damos en la extravagancia de imaginar que la ciencia sea perjudicial á los entendimientos, ni que la sabiduría pueda perder á nadie. Los que entre nosotros están encargados de la enseñanza, no dicen á sus discípulos: *mantenéos adictos á nosotros*; sino que dicen, adherid únicamente al Dios su-

premo, y á Jesus, Apóstol de su doctrina. Ninguno de nosotros ha tenido la loca pretension, que Celso nos atribuye, de decir: *Yo solo os salvaré*: ninguno tampoco ha dicho, que los verdaderos Médicos matan á aquellos á quienes prometen la curacion. Vease cuántas imposturas ha hacinado Celso contra nosotros.

N. 76. Ni aquí para: sino que parangona además á nuestros Doctores con aquellos borrachos que se hallan entre otros borrachos, y quieren hacer pasar por borrachos á los hombres mas sobrios. ¿Por qué no prueba con los escritos de Pablo, por exemplo, ó de Jesus, que el vino, ó á lo menos la embriaguez del vicio les habia perturbado la razon? Pero nosotros podemos afirmar sin temor de que nos desmientan, que ningun Doctor Christiano ha dado motivo á una acusacion semejante: tales injurias y calumnias son indignas de un Filósofo. Díganos ahora Celso: ¿quáles son esos hombres tan arreglados contra quienes se ensangrientan nuestros Doctores? No lo niego; nosotros llamamos borrachos á todos aquellos que invocan cosas inanimadas, como si fueran Dioses: yo los llamo borrachos, mejor dixe-  
ra insensatos, quando los veo correr á los templos, para postrarse ante animales, ante estatuas, que por lo comun son obra de los hombres mas despreciables y corrompidos.

N. 77. Compara tambien Celso los Doctores de

los Christianos y sus oyentes, con los que padecen mal de ojos, y quieren hacer pasar por ciegos á los que tienen la vista muy perspicáz. Pero sépase, que nosotros tratamos de ciegos á aquellos hombres, á quienes la grandeza y hermosura del universo no bastan para que levanten los ojos hácia su divino Autor; y no alcanzan á ver, que él solo merece nuestra admiracion, nuestros homenages y nuestro culto, y que no podemos prostituirlos á las obras de los hombres, sin hacernos reos. A la verdad, es preciso estar ciego, para comparar qualquiera cosa que sea, con el Sér supremo, que es infinitamente superior á todos los objetos criados. Nosotros, pues, no decimos que los que tienen la vista perspicáz son ciegos, sino los que desconocen al único verdadero Dios, y asisten puntualmente á los templos en los dias de fiesta, para adorar estatuas; y decimos que lo son principalmente, quando unido el libertinage á la impiedad, atropellan con el pudor y la decencia.

N. 78. Despues de tantas invectivas y acusaciones, viene Celso aparentando que nos perdona y suprime muchas mas que pudiera intentar contra nosotros. »Yo podia, dice, continuar todavía; pero por no extenderme demasiado, me contentaré con decir, que son culpables ante Dios »y los hombres, supuesto que para atraer á los »malos á su partido, les ofuscan la imaginacion »con esperanzas quiméricas, y les hacen sacrifi-

»car los bienes presentes, con la promesa de otros »que ellos representan como muy superiores.«

En primer lugar es falso, que atraygamos con mas facilidad á los malos. Aquellos que por temor á los suplicios con que nuestra Religion amenaza, se abstienen de lo que ella prohíbe; los que provocan todos los tormentos que los hombres pueden inventar, todos los trabajos, y aun la muerte; estos, estos son los que se abrasan en deseos de profesar el Christianismo; estos son los que se exercitan en la práctica de todas las virtudes, de la sabiduría, de la templanza, de la beneficencia. Dígame, pues, qualquier hombre sensato: ¿son conocidos los malos por estas señas? Los malos, que no son susceptibles del temor de Dios, al que nosotros exhortamos á todos los hombres, como á un sentimiento util al mayor número, que no es capaz de conocer y apreciar el sumo bien, el único bien apetecible por sí mismo, y muy superior á las mayores promesas. ¿Y quiénes son menos capaces de todo esto que los malos?

N. 79. A lo menos, nos dirán acaso, no podeis negar, que vuestro culto está lleno de supersticiones.

Preguntáronle á un Legislador (a), si habia da-

(a) Solón, Legislador de Atenas. La respuesta que al sentido, que la que Plutarco refiere en la vida de



do á sus conciudadanos las mejores Leyes posibles; y yo les he dado, respondió él, *las mejores que podian recibir.* El Legislador de los Christianos puede decir lo mismo con corta diferencia: yo les he dado á los hombres las Leyes mas útiles para su conversion; yo les he enseñado la doctrina mas preciosa; finalmente los he amenazado con castigos, que no tienen nada de quiméricos, y son necesarios para domar los caracteres indóciles y obstinados.

Por mas que la mayor parte no apure la intencion del Legislador, ni el fin de sus amenazas; con todo, su doctrina acerca de los castigos futuros, á pesar de las nieblas que la cubren, es tan saludable á los hombres como cierta.

En quanto á lo demás, ni es cierto que atraemos en mayor número á los malos, ni menos que enseñamos cosa alguna injuriosa á Dios. Nosotros no enseñamos sino la verdad y cosas acomodadas á la capacidad del pueblo; si bien aquellos que han hecho un estudio particular del Christianismo, las profundizan mucho mas que el resto de los Christianos.

N. 80. Celso llama quimeras á las esperanzas que nosotros damos de una vida futura, en la que

Solón, aunque en las palabras hay alguna corta diferencia. Por tanto nos ha parecido conservar inalterable el texto de nuestro Apologista.

gozaremos de la sociedad del mismo Dios. Luego tú, digo yo, miras tambien como quimérica la opinion de Pitágoras y Platón que sostienen, que el alma ha de remontarse hasta el mas elevado de todos los cielos, para contemplar desde allí el grande espectáculo, que llama la atencion de los bienaventurados: luego contemplas engañados con vanas esperanzas á los que creen la inmortalidad del alma, y á los que viven con la esperanza de hacerse héroes despues de la muerte, y de revivir con los Dioses: luego consideras como juguetes de sus propias esperanzas á los que piensan que el alma tiene otro origen que el cuerpo, y que no perecerá con él.

No tema Celso empeñar el combate, quítese la máscara y confiese que es Epicuréo; refute las pruebas convincentes que los Griegos y Bárbaros nos dan acerca de la inmortalidad del alma; haga ver que nuestras esperanzas en esta parte carecen de fundamento, y que su secta es la única que no entretiene con esperanzas engañosas, porque las quita todas, y segun sus principios el alma muere juntamente con el cuerpo: á no ser que Celso y sus Epicuréos quieran hacer pasar por muy sólidas las esperanzas que ponen en las palabras de Epicuro, en la salud del cuerpo, y en su sumo bien que es el deleyte.

N. 81. Mas no se crea, que yo me desvío de mis principios, porque para refutar á Celso, me apoyo en el testimonio de los Filósofos que en-

señan la inmortalidad del alma: pues por mas que unos y otros convengamos en algunos puntos, no por eso dexa de ser igualmente cierto, que la vida futura es privativa de los que hubieren abrazado la Religion de Jesus en toda su pureza, y no reconocen otra que la del Criador del universo, sin mezcla de culto á criatura ninguna.

Yo espero ahora que se me demuestre la superioridad de esos bienes que nosotros locamente desdeñamos. Póngase en paralelo este fin dichoso que Dios reserva por Christo, esto es, su Verbo, su sabiduría, su omnipotencia, á los que hayan llevado una vida pura é irreprehensible, y hayan constantemente amado al Señor del universo; compárese, digo, con el que los Filósofos Griegos ó Bárbaros prometen, y los diferentes misterios. Hágase ver que este último es real, y digno de la beneficencia de Dios y de los méritos de los justos, y que el que nosotros predicamos no tiene nada de eso: muéstrase que el Espíritu Santo no inspiró á los Profetas: pruébese que unos preceptos, que por confesion de todo el mundo son puramente humanos, deben ser preferidos á los que han sido dados por el mismo Dios, como lo hemos demostrado: pónganse finalmente en una misma balanza esos bienes tan celebrados que nosotros abandonamos, y juntamente los otros invisibles, por los cuales sacrificamos con gusto los primeros.

Por lo menos es constante que no hay exá-

geracion en sostener, que lo mejor de todo es consagrarse enteramente al Dios supremo, y abrazar una doctrina, que nos separa de todo lo criado, y nos eleva hasta Dios, por medio de su Verbo, su sabiduría y su Hijo.

Ya es tiempo de finalizar este tercer libro. En los siguientes proseguiremos la refutacion de la obra de Celso.

*Fin del tercer libro de Origenes.*